

Sexualidad, género y amor

Cristina Garaizabal

La sexualidad no es una característica innata de las personas que se manifiesta siempre igual o que ha sido entendida siempre de la misma manera a lo largo de la historia. Por el contrario, la sexualidad es un impulso lo suficientemente indeterminado como para que pueda adquirir formas muy variables.

Las personas nacemos seres sexuales, es decir con capacidad para desarrollar eso que llamamos el deseo sexual, ahora bien, cómo se manifieste este deseo va a depender del medio en el que nos desarrollemos, de las relaciones que establezcamos, de lo mucho o poco que sea estimulado nuestro cuerpo a lo largo de la vida, de las ideas religiosas, políticas en las que seamos educados o educadas... y de una multitud de factores que son los que en última instancia van a conformar las vivencias particulares en el terreno sexual. Dentro de estos factores que influyen en el desarrollo personal y colectivo de la sexualidad, uno de bastante importancia en nuestras sociedades es el género, es decir el hecho de nacer hombres o mujeres y lo que eso significa socialmente.

EXPECTATIVAS ANTES DE NACER

Desde el punto de vista psicológico, el género no es algo ajeno a nuestras vivencias sino que, por el contrario, es algo que tenemos profundamente interiorizado. Tiene que ver con las creencias familiares y sociales que definen la masculinidad y la femineidad de la criatura que va a nacer; esas creencias, la mayoría de las veces son anteriores al propio nacimiento de la criatura y están constituidas por las diferentes expectativas que los padres y el entorno familiar y social tiene sobre cómo será si es niño o qué hará en la vida si es niña.

Así, nuestra subjetividad y nuestra sexualidad se van a ir desarrollando en función, entre otros factores, de las ideas que existen sobre los géneros. Para hablar del desarrollo individual, por ejemplo, es necesario tener en cuenta las tipologías, las simbologías, las representaciones culturales etc. que existen sobre lo que son los hombres y las mujeres, los roles que se asignan a unas y otros, los prototipos; en definitiva, de masculinidad y femineidad.

Ahora bien, creo que es necesario insistir, también, en no considerar los géneros como esencias absolutas y dotarnos de un sano nominalismo. Pues si bien es cierto que la masculinidad y la femineidad están tipificadas de una determinada manera, también lo es que cada hombre y cada mujer no reproduce totalmente ni homogéneamente los prototipos vigentes de masculinidad y femineidad, ya que hay otros elementos, como decía anteriormente, que también influyen en el desarrollo de la personalidad. Además ambos prototipos no son inmutables sino que, por el contrario, han ido variando sobre todo en los últimos años en nuestro país.

FEMINIDAD, SEXO Y AMOR

Las distintas actitudes, vivencias y comportamientos que atribuimos a los dos sexos en relación con la sexualidad, nos lleva a creer que generalmente amor y sexo son dos variables que en las mujeres se dan unidas, mientras que los hombres tienden frecuentemente a separarlas. Esta idea popular tiene que ver con la existencia de esos prototipos de los que antes he hablado, que atribuye a los hombres un mayor impulso sexual, más incapacidad para controlarse sexualmente y más facilidad para excitarse. Por el contrario, a las mujeres se les presupone menor deseo sexual, mayor control de su sexualidad y más dificultad para conseguir el placer sexual.

No obstante, en los últimos años, las aportaciones -sobre todo Masters y Johnson y Shere Hite- han demostrado que las mujeres tienen una respuesta sexual específica pero no por ello tienen una potencia menor. Incluso hay quien discute que es mayor, por la posibilidad de tener múltiples orgasmos seguidos. Como no se trata de establecer "rankings" comparativos, lo que sí que creo es qué podemos partir de que hombres y mujeres tienen capacidades sexuales similares pero comportamientos y actitudes diferentes.

Intentando superar un primer nivel de prejuicios, que hoy en día no parece que tengan mucho fundamento empírico, ¿cuáles son las diferencias reales -si es que las hay- y a qué factores pueden ser atribuidas?.

Según los datos recogidos por diferentes investigadores a través de cuestionarios sexuales, parece ser que los hombres practican más el sexo que las mujeres: tienen más relaciones sexuales, se masturban más, tienen fantasías sexuales más explícitas, más relaciones extramatrimoniales. No obstante, también existen investigaciones recientes -recogidas por Raquel Osborne en "Sexualidad y sexismo"- que apuntan a que estas diferencias se van acortando y así, por ejemplo, en lo que hace a las relaciones extramatrimoniales, mujeres y hombres entablan este tipo de relaciones en un porcentaje bastante similar (9% frente a un 11 %).

Un estudio realizado por Ma Dolores Avio, catedrática de Personalidad de la Universidad de Madrid, pone de manifiesto que, en cuanto a la población en general, hay diferencias entre las fantasías sexuales que tienen las mujeres y las que tienen los hombres. Ahora bien, el mismo estudio permite analizar que si se aísla el grupo de mujeres que tienen relaciones sexuales más frecuentemente y de manera regular, no se pueden establecer diferencias entre las fantasías de unas y de otros.

Otro dato del que se hacen eco las encuestas es el de que los hombres dicen practicar frecuentemente el sexo sin amor, mientras que las mujeres suelen destacar el contenido amoroso de sus relaciones sexuales. Raquel Osborne, en el libro antes citado, relativiza este dato y se cuestiona hasta qué punto se corresponde totalmente con la realidad, si dejamos al margen el porcentaje que corresponde a la prostitución.

NO TANTA DIFERENCIA

Con este recorrido sociológico pretendo poner sobre el tapete el hecho de que sí que parece que hay diferencia en la forma como hombres y mujeres viven la sexualidad en relación al amor, pero a la vez quiero plantear que probablemente estas diferencias son menores de lo que suponemos. Y sobre todo, que estas diferencias no se deben a una

naturaleza sexual diferente en unos y otras, sino a las diferentes formas como somos socializados hombres y mujeres en esta sociedad, tanto en relación a la sexualidad como en la manera de resolver los afectos.

Margaret Nichols en su artículo "Sexualidad: cuestiones y teoría en desarrollo" (publicado en el n° 8 de la revista "Nosotras, que nos queremos tanto", editada por el CFLM) recoge datos de un estudio de dos sociólogos norteamericanos -Blumstein y Schwartz- sobre la sexualidad lesbiana. Estos investigadores utilizaron una muestra grande y bien seleccionada de parejas heterosexuales, gays y lesbianas. Las conclusiones que se extraen de su estudio es que: las parejas lesbianas tienen la proporción más alta de rupturas que cualquier otro tipo de pareja y el modelo de ruptura era la no-monogamia (en forma de aventura sexual y afectiva a diferencia de los gays que suelen tener más contactos sexuales sin implicarse afectivamente tanto) era seguido por el abandono de la antigua compañera por la nueva amante. Estos datos pueden interpretarse de muchas maneras. De hecho, **Margaret Nichols**, en el artículo antes citado apunta toda una serie de reflexiones sobre la sexualidad lésbica que me parecen de mucho interés, pero que nos desviarían del tema. No obstante quiero recuperar dos datos que, desde mi punto de vista, colaboran a ofrecer un panorama general de cómo vivimos las mujeres el binomio sexualidad-amor, a diferencia de como lo viven, generalmente, los hombres:

- **Mayor inhibición de las mujeres ante la sexualidad:** nos cuesta pedir explícitamente relaciones sexuales y mucho más presionar tercamente a nuestra pareja para ello. Nos cuesta reconocer nuestros deseos sexuales a menos que otro/otra nos lo pida.
- **Frecuentemente en las mujeres, sexo y amor aparecen fusionados:** necesitamos enamorarnos para mantener una relación sexual y, en cuanto nos descuidamos, estamos haciendo un proyecto de vida en común con nuestra amante. Este sería uno de los factores que explicaría la mayor frecuencia y la secuencia en las rupturas de parejas lesbianas.

En las parejas heterosexuales existen estudios que demuestran que los hombres se hallan más interesados en tener relaciones sexuales con excesiva frecuencia; que pretenden solventar los problemas de comunicación en la cama y que, por el contrario, tienen poca comunicación verbal con ellas. Por su lado, los hombres plantean que las relaciones sexuales son para ellos una forma de expresar el afecto y les resulta incomprensible qué significa eso de "una mayor comunicación íntima".

CLAVES DE LAS DIFERENCIAS

Si tenemos en cuenta cómo son socializados hombres y mujeres en nuestra sociedad quizás podamos encontrar algunas claves que expliquen estas diferencias.

En sociedades patriarcales como la nuestra, en las que se dan unas relaciones desiguales entre los géneros, niños y niñas son socializados de manera diferente, en función de las expectativas, roles y tareas que se espera que posteriormente, cuando sean adultos, desarrollen.

En lo que es la conformación de la identidad subjetiva, a los niños se les potencia, desde bien chiquitos, que sean capaces de actuar y dominar el mundo exterior al familiar, reprimiendo el mundo de los afectos. Se les anima a explorar el mundo, a salir fuera. La separación de la madre y la individualización están íntimamente ligadas al desarrollo de la masculinidad; se les estimula la independencia y la autonomía con respecto a los demás;

se les hace saber desde bien chiquitos que lo que valgan dependerá de lo que hagan en la vida, de lo que sean capaces de actuar. Su intimidad será pronto respetada, su disponibilidad afectiva no se considera permanente y, por lo tanto, los límites que ellos van a ir estableciendo para controlar esa disponibilidad son detectados y considerados por los demás. El "yo masculino" se configura como una identidad basada en el logro.

Por el contrario, las mujeres suelen permanecer más ligadas al mundo de la madre, al mundo de los afectos, pues una de las funciones principales que se les va a exigir es la de ser cuidadoras emocionales de un futuro núcleo familiar. Se las educa en que lo que consigan no va a ser tanto por méritos propios como por la capacidad que tengan de ser simpáticas, de seducir, de ser afectuosas. La identidad femenina, el sentimiento de bienestar y estabilidad psicológica de las mujeres, se va configurando en torno a las relaciones afectivas. El "yo de las mujeres", como dice **Jean Backer Miller**, psicóloga feminista norteamericana, es siempre un yo-en-relación. Lo que anima a las mujeres, lo que les proporciona la autovaloración es la relación misma.

El sentimiento de utilidad les viene dado a las mujeres por su capacidad para establecer y mantener relaciones afectivas. La intimidad, la vida privada y el mundo de las relaciones afectivas suele ser vivido como nuestro espacio de poder.

En los hombres, el proceso de socialización implica reprimir la expresión afectiva, en todo, menos en la expresión de la sexualidad, mientras que en las mujeres la socialización implica estimular su desarrollo afectivo, en todo, menos en el aspecto sexual.

Para los hombres la sexualidad puede ser fuente de autoafirmación personal, demostración de virilidad, incluso demostración de dominio frente a las mujeres. Pero, probablemente también, es una de las escasas posibilidades que tienen -aceptada socialmente- de demostrar emociones, sus sentimientos de ternura y amor.

Para las mujeres la sexualidad es un terreno contradictorio, contaminado por mensajes contradictorios ("seduce, pero no mucho", "ten relaciones sexuales, pero ¡cuidado!"...) y, sobre todo, muy contaminado y vulnerable a las relaciones afectivas. La inhibición del deseo sexual va acompañada de una sobredimensión del poder del amor. Generalmente necesitan estar muy afectivamente para desear sexualmente. Si a ello añadimos que la rabia es otra de las características que se inhibe en las mujeres, la mezcla es explosiva: cualquier problema en la relación inhibe el deseo sexual.

LA IDENTIDAD: UN PROCESO EN CONSTRUCCIÓN

La perspectiva dominante en la sexualidad -que hace del coito heterosexual el centro- define la sexualidad femenina como complementaria de la masculina. Los estereotipos sexuales que antes he descrito siguen funcionando como modelos, se presupone que hombres y mujeres son, o deben ser, tal y como marca el prototipo respectivo.

No obstante, en la cultura dominante encontramos también -además de este modelo uniforme- incoherencias, contradicciones y tensiones. Las representaciones de los estereotipos sexuales en la cultura dominante son complejas y no se puede decir que sigan una línea homogénea.

Los cambios que se han producido en los últimos tiempos, tanto desde el punto de vista de la reflexión, como de las representaciones culturales han sido tremendos y ello hace que hoy convivan modelos y contramodelos, representaciones contradictorias de la sexualidad y de los prototipos sexuales.

Pero además, la respuesta sexual de hombres y mujeres dista mucho de ser homogénea ni uniforme. Tampoco se puede considerar como una reproducción calcada de los modelos dominantes. Las personas, mujeres y hombres, no son meros receptores pasivos de los mensajes y definiciones que se hacen sobre ellas.

Se habla de identidad sexual masculina y femenina como dos identidades dicotómicas, pero creo que hay que tener en cuenta la ambivalencia del concepto mismo de identidad. Como **Jeffrey Week** plantea: "este concepto dice informarnos acerca de lo que tenemos en común, de lo que nos hace reconocibles, de lo que es verdadero en nosotros... En este sentido, la imposición de la identidad puede verse como una burda táctica del poder, diseñada para oscurecer la verdadera diversidad humana con categorizaciones estrictas de uniformidad". Y, por lo tanto, bueno es relativizar la supuesta "verdad" de esas identidades impuestas. Ahora bien, el concepto de identidad también tiene que ver con la diferenciación, con las afinidades basadas en la elección y la selección. Es por tanto algo que tenemos que buscar, algo que tiene que ser conseguido para estabilizar nuestra personalidad, para defendernos de la anomia y de la desesperanza. La aparición del nuevo movimiento feminista ha supuesto la posibilidad de crear o, al menos, buscar algunos rasgos que definan una nueva identidad o identidades para las mujeres y ha cuestionado la identidad masculina tradicional. Quizás sea necesaria también la creación de nuevos rasgos de identidades masculinas no machistas.